

Para saber si un acontecimiento humano tiene o no importancia, existe siempre un recurso casi tan infalible como el Papa: las pastorales de los obispos. Falta la pastoral, es que la cosa no merece la pena. Hacia ya tiempo que los apóstoles del capitalismo, que ahora existen en hordas verdaderamente industriales, nos habían anunciado el enorme significado de la unión económica, monetaria y social alemana del 1 de julio. Aunque el acierto y la credibilidad de estos apóstoles laicos han subido mucho, sobre todo después del anuncio del final de la Historia, a la altura de la palabra del Papa todavía no han llegado.

Así que a todas esas palabras humanas les faltaba voz divina. Llegó, por fin, última, dogmática y definitiva la confirmación teológica por el pico de nuestras cigüeñas más sagradas: ex cátedra, los obispos alemanes —los del Este como los del Oeste; católicos y protestantes— confirmaron con su palabra sagrada la importancia del 1 de julio. Más aún: con la experiencia de quien lleva veinte siglos regentando una agencia publicitaria y sabe lo que es el «marketing» antes de que los americanos lo inventaran, en seguida percibieron que el ambiente pedía esperanzas: a la «Teilung», «Teilen», o sea, que para superar la «participación», «reparto». Con esta idea, los ciudadanos de la RDA ya pueden meterse en la selva del capitalismo. Como salgan de ella es otra cosa. Sutilmente, los príncipes de la Iglesia no descartan que como Cristos. Pero eso no es cosa de la Iglesia, sino materia para la cabeza laica de los apóstoles del capitalismo. Por lo demás, eso sólo se sabe a la salida, o sea, a posteriori. Por otra parte, en estas cosas, la libertad, por encima de todo, o sea, que cada cual se las arregle. Que ésa es la primera regla de supervivencia para cualquier «scout» del capitalismo.

Después de la de cal, la de arena. Los obispos hasta se han arriesgado a la metáfora: dicen que la unión es parecida a una operación necesaria que implica riesgos graves y grandes dolores corporales, pero es el único medio de curarse. El llamado «Napoleón del Sarre» anuncia, antes de marcharse de vacaciones a España, que la operación es un error histórico de la que sólo pueden salir cadáveres, o sea, caos, mucho caos, y paro, mucho paro. Con lo que a los pobres «scouts» del capitalismo no les llega la camisa al cuello: los obispos hablan de operaciones, y Lafontaine de catástrofes de verano-otoño. ¿Tendrá razón el catastrofista Lafontaine o el optimista, casi biológico, Kohl, ya automatizado, a la vista de lo que tiene delante, más que como nieto de Adenauer como bisnieto de Bismarck? En la madrugada del domingo, de la misma forma que nosotros cambiamos el reloj al horario de verano, la RDA cambiará de sistema económico y social. Se acostarán socialistas reales y se levantarán hijos de la economía de mercado. En horas veinticuatro, van a poner en práctica uno de los más grandes experimentos económicos que se hayan visto nunca: el paso en un minuto de una economía planificada, absolutamente arruinada, a una posindustrial con una competitividad absolutamente mortífera. Ya se verá qué pasa.

La cosa hay que dejarla correr por la cabeza para llegar a imaginársela. En una noche, prácticamente toda la producción y todo lo producido deja de tener cualquier valor. Con lo que o hay que venderla a precio de saldo, o tirarla a la basura. Pongamos, por ejemplo, el caso de las máquinas de fotos: hasta ahora se vendían al precio de 1.000 mar-



El nuevo marco, símbolo de una unión en marcha.

## Los «boys scouts» del capitalismo

LUIS MEANA

cos-Este, que el domingo se convierten automáticamente en mil marcos-Oeste, pero, en ese mismo instante, Occidente ofrece una infinitamente mejor por 100. Lo peor no es que haya que tirar las máquinas, sino que hay que tirar la fábrica entera. Como ha escrito Grass, prácticamente el total de la oferta de la RDA pierde su valor de mercado. Así se explica que todas las estanterías y tiendas se hayan quedado, de repente, absolutamente vacías de productos de la RDA. O que se haya ofrecido casi dinero para que la gente se los llevara como fuera. Un carpintero de Leipzig que construía sillas, que vendía siempre al Estado, no sabe ahora si meter criados o si irse él mismo a servir: para subsistir frente a los bajísimos precios de Occidente necesitaría producir miles de sillas, para lo que, a su vez, necesitaría miles de marcos que invertir y decenas de empleados que ocupar. O eso, o entregar la fábrica y convertirse en trabajador.

### Adiós a la seguridad

Hasta ahora todo era seguridad. Se vivía mal, pero se vivía. El trabajo estaba asegurado de por vida. La vivienda era una miseria, pero el precio también. Se podía pasar, además, los fines de semana en una «dasca» de las afueras de la ciudad por la módica cantidad de 2.000 pesetas. Y, ahora, este experimento. Del que nadie sabe cómo va a salir. Clara está únicamente la irreversibilidad del proceso: unión monetaria y económica ahora, ingreso político en otoño, nueva

y definitiva Constitución, con o sin referéndum, después, y elecciones generales comunes probablemente dentro de este año. Y claro es: únicamente el peso de cuarenta años de desmotivación, de resignación y de domesticación conformista, que no son los presupuestos ideales para entrar en una batalla como la que se avecina. El 1 de julio se pone en marcha la maquinaria definitiva. Se cierran los prolegómenos más o menos folclóricos: visitas, viajes, compras. Comienza el primer acto real. El comienzo real lo marca, como no podía ser menos, la entidad más simbólica y más real de cuantas existen: el dinero. Desde hace semanas, el Banco de Alemania desarrolla una gran campaña para familiarizar a los ciudadanos de la RDA con las nuevas monedas. Cincuenta camiones han trasladado a la RDA 600 toneladas de billetes, 500 de moneda; en total, unos 25 «milliarden» de marcos. Hay ya una actividad frenética de cambio, según las normas de paridad establecidas. Igualmente frenética es la actividad oficial por controlar las grandes especulaciones y a los especuladores. Pero la gente menuda también se ha espabilado a su manera: como los «alupfennig» seguirán siendo tratados como si fueran occidentales, el truco del almendruco consiste en convertir en calderilla todos los billetes que no puedan cambiarse 1-1, irse con ellos al Banco y que le den a uno por toda esa calderilla el dinero occidental correspondiente. Por esa puerta se accede a un cambio igualitario y, en principio, ilimitado. El problema está en en-

contrar pfennigs.

La realidad se ha llenado de profetas que leen en las entrañas de la economía su futuro. Según profetas optimistas, nos espera una «explosión económica» parecida a la de la «reforma monetaria» de junio del 48. El presidente del afamado Instituto de Economía de ha abierto el baúl de los recuerdos: tras la reforma monetaria, el índice de la producción industrial subió en la zona británica-americana un 53 por ciento; de 1950 al 59, el índice de crecimiento anual fue de un 7,5 por ciento. Los asesores empresariales miran y remiran las entrañas de las empresas orientales y tratan de pintarles un futuro. Según profetas pesimistas, nos espera un paro masivo y grandes problemas financieros y sociales. Un sabio asegura que el problema de la RDA no es la escasez de trabajo sino la escasez de trabajo con productividad organizada. Calcula que se llegará a un millón y medio de parados en una población de dieciséis millones, proporción, dice, mejor que la española. Eso que se lo diga a FG. Otro afamado instituto postula un 20 por ciento. Ciertas cosas se han ido, sin embargo, aclarando poco a poco. Al parecer, los peligros de descontrol monetario se han disipado, y lo mismo el peligro de una explosión de la inflación. La gente maneja muy cautelosamente el dinero occidental. Por su parte, los grandes industriales han dejado de lado sus etapas más eufóricas y se muestran igualmente cautelosos. Tanto que hasta el ministro de Economía se queja de su tibieza. Al parecer, los potentados han optado por

el lema, tan alemán, de «esperar y beber té». Que es lo equivalente a nuestro «fui-mando espero al hombre que más quiero». Mientras tanto, a los ciudadanos de la RDA les tiemblan las piernas. A pesar de su poca experiencia, estos «boys scouts» del capitalismo tienen una cosa muy clara: que el capital nunca teje con hilo propio sino con el ajeno. Quienes están en el trapecio son ellos. Y a cada uno se le exige un salto mortal sin haberse puesto nunca antes en las barras. De momento, los grandes industriales miran fijamente al trapecio. Esperan tranquilamente la selección natural darwiniana: quienes sobrevivan serán los más capaces, los más capaces serán los que sobrevivan. Y a éstos, contratarlos. Así de simple. Los trapezistas se dan ánimo con hermosas ideas generales como la de una tierra prometida para el que trabaje duro. Y a quien caiga mal y se parta la crisma le queda el consuelo de los obispos, a los que nunca les faltará una bella metáfora. Tampoco a los apóstoles laicos del capitalismo: nada como contribuir al progreso de la patria.

### La sabandija y el elefante

Por detrás de los profetas, ronronea la dura lucha entre la sabandija y el elefante. La estrategia de Lafontaine se basa principalmente en la teoría de las catástrofes: si —como él está absoluta y hasta dogmáticamente convencido— en otoño las cosas salen mal, y la unión monetaria y económica produce el paro masivo que él espera, un descontento social insostenible en el Este, y unos costes financieros insostenibles en el Oeste, Alemania será suya. La estrategia, que no iba mal del todo, ha sufrido los primeros contratiempos. Fracaso en el intento de doblegar, hasta los hígados, a la mayoría de la fracción parlamentaria de su partido, imponiéndole el bloqueo parlamentario del «contrato-estatal» y fracasó, después, en el intento de hacerse con la presidencia del partido sustituyendo a Vogel; la mayoría, sobre todo los del Este, prefirió a Vogel. El «Napoleón del Sarre» se ha ido de vacaciones dejando en las encuestas una estela de rechazo, cuando hace un mes le ponían solideo y convertían al canciller en su pímeo. La estrategia de Kohl es la contraria: hacer a la máquina correr a toda marcha; cerrar todo, irreversiblemente, lo antes posible y a salvo de contingencias; si la unión marcha bien, magnífico; si marcha mal, habrá que engrasarla con miles de millones de marcos, de forma que el descontento no salte antes de las elecciones, y asegurarse así otros cuatro años. En cuatro años, la integración y la equiparación del Este serán un hecho y nada hará peligrar su triunfo. El canciller del que todo el mundo se reía y al que ridiculizaban pasará a la Historia como el más grande, y la socialdemocracia necesitará un decenio y quemará varios líderes antes de recuperarse del golpe.

Así están las cosas este domingo de gloria por la mañana. La nueva Alemania inicia, realmente, un viejo camino. Tres veces lo inició y tres veces rompió su propio destino. Kohl teje. Lafontaine, de vacaciones. Y los ciudadanos del Este, echando talco a las manos para agarrarse bien fuerte al trapecio. Una minúscula nube negra se cierne, sin embargo, sobre el cielo azul celeste de la historia inmediata de Alemania: hay rumores de que el Kaiser Beckenbauer se marchará de seleccionador a América a hacer su unión monetaria particular con el dólar. ¿Será cierto? ¿Será un presagio? Y si fuera cierto, ¿no sería posible que se llevara al Buitre y, ya de paso, a Valdano?